

A TRAVÉS DEL PASADO



A TRAVÉS DEL PASADO

Lola Montalvo



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta: 
Diseño de la colección: Pepe Far

Primera edición: enero de 2025

© Lola Montalvo, 2025
Publicado por acuerdo con MJR Agencia Literaria.
© de la presente edición: Edhasa, 2025
Diputación, 262, 2º1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

ISBN: 978-84-350-1177-8

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la web www.conlicencia.com.

Impreso en Huertas Industrias Gráficas, S.A.

Depósito legal: B 22728-2024

Impreso en España

*A Jesús, Pilar y Jesús.
A mi madre, Pilar;
soy lo que soy gracias a ella*

Año 2010

El tren comenzó a rodar sobre las vías puntualmente y con una suavidad casi irreal, como si se deslizara por un lago en calma. César tuvo que mirar por la ventanilla para confirmar que, efectivamente, partían de la estación. Observó como los bancos de metal y los postes informativos se desplazaban por el andén a una velocidad cada vez mayor.

Unos gritos de alegría le llegaron del grupo de niños que se encontraba justo delante de él, ocupando asientos enfrentados en el centro del coche seis. Eran tres, todos vestidos de la misma forma, todos rubios, todos iguales, quizás entre los cuatro y los seis años. Iban acompañados de un hombre y una mujer. Sus chillonas conversaciones le dieron una información que no había solicitado: papá y mamá viajaban con sus pequeños a Madrid para visitar a los abuelos maternos.

Las esperanzas de César de que los nenes se tranquilizaran y bajaran el tono de voz hasta uno tolerable que no le hicieran vibrar dolorosamente los tímpanos fueron esfumándose a medida que el tren ganaba velocidad. Papá y mamá, quizá anestesiados, quizá habituados a tanto alboroto, quizás unos idiotas a los que todo les daba igual, conversaban entre ellos en tono quedo mientras sacaban de una enorme mochila álbumes para colorear, lápices de colores, botellas de

agua, galletas y bocadillos que repartían entre sus criaturas sin importarles lo más mínimo que estuvieran molestando a todo el tren con sus grititos. Los demás pasajeros del vagón, igual de molestos que él, se fueron colocando los auriculares y se sumergieron en quehaceres improvisados intentando que el jaleo de la familia no perturbara su paz. Una azafata habló entonces por el altavoz, pero sus indicaciones fueron trémulos murmullos ahogados por los histéricos alaridos de uno de los pequeños, cuyo batido de chocolate se había caído al suelo. Una mancha marrón asquerosamente pringosa se fue extendiendo por la moqueta azul.

César suspiró.

Harto de la irritante chiquillería, incómodo en su asiento y cansado de golpearse las rodillas con el respaldo que tenía enfrente («¡cuándo se darán cuenta los del AVE de que en estos asientos no cabe alguien de más de metro ochenta!»), se puso en pie sin disimular su fastidio. Se ajustó la chaqueta y, en un gesto automático fruto de la costumbre, llevó discretamente la mano a la pistolera que portaba en el lado izquierdo del cinturón para asegurarse de que su arma seguía en su sitio y no quedaba a la vista de los pasajeros. Dirigió una mirada cargada de veneno a la molesta familia y se lanzó hacia la puerta corredera, en dirección al coche cafetería.

En los espacios habilitados entre vagones, algunos viajeros se pasaban por el forro la prohibición de fumar mientras hablaban a voces a los auriculares de sus minúsculos móviles de última generación. Intentó ignorarlos.

Cruzó la última puerta y entró en la cafetería mirando el reloj: ya estaba hasta las narices de aquel viaje y aún no habían pasado ni veinte minutos desde la salida de Sevilla. Le quedaban por delante dos horas largas y ya no aguantaba más.

«Debí coger el billete en preferente o en clase club», se dijo, fastidiado por su propia necesidad. Pero con el dinero de la nómina no se podía permitir otra clase que la turista. Este viaje no se lo pagaba el Estado, y lo otro prefería no tocarlo salvo que surgiera una emergencia. Se pasó las manos por el pelo y apoyó los codos en el mostrador de una cafetería sorprendentemente vacía.

Un solícito camarero le preguntó qué deseaba tomar.

—Una Cruzcampo muy fría.

«No estoy de servicio», pensó, «puedo tomar una cerveza».

El camarero dejó sobre el mostrador dos posavasos con el logo del AVE; en uno puso la cerveza y en otro una copa.

Directamente de la botella, César bebió un largo trago que redujo el contenido a la mitad. Saboreó la cerveza ignorando los reproches de su conciencia, que se esforzaba por recordarle las borracheras a las que se había abandonado las tres noches anteriores, una detrás de otra. Las escasas horas de serenidad entremedias aparecían confusas en su memoria.

Sólo hacía un mes que sucedió todo.

Negó levemente con la cabeza intentando apartar los pensamientos que tanto le escocían tras los ojos y apuró el resto de la cerveza.

—Póngame otra, por favor.

Otra cerveza apareció sobre el mostrador. Antes de beber, pagó al camarero, que le sonrió mostrando unos enormes y torcidos dientes mientras guardaba en el bote la propina de cinco euros. Dio un sorbito a su bebida y se acercó a la ventana para ver el hermoso paisaje del otoño que acababa de comenzar.

Un mes desde que habían enterrado a su padre.

Dos semanas desde que habían leído y hecho efectivo el testamento.

Al día siguiente, su jefe lo había llamado al despacho para decirle que la UDYCO* de Madrid se había fijado en él; que lo habían seleccionado para un puesto y lo esperaban para su incorporación en un plazo no mayor de quince días.

★ ★ ★

—¿Está dispuesto a ocupar ese puesto, César? ¿Se ve capaz?

Estaba sentado frente a la mesa del comisario Daza.

—Por supuesto, señor.

—El trabajo será...

—¡Sé cómo es el trabajo en la Policía Judicial! —respondió en voz demasiado alta y tensándose en el asiento—. Sé que podré hacerlo tan bien como cualquier otro.

El comisario mostró su desagrado con un sutil levantamiento de ceja. El resto de su cara permaneció inalterable. No soportaba a César y éste lo sabía.

César carraspeó, incómodo.

—Disculpe la salida de tono, comisario...

—Debe presentarse en Madrid dentro de menos de quince días —cortó Daza ignorando la disculpa y pasándole un papel impreso por encima de la mesa—. Como usted no ha solicitado el puesto, irá en comisión de servicios... Sus casi sobrenaturales conocimientos de idiomas y sus másteres sobre mafias y delincuencia internacionales han sido decisivos para su elección... y han pesado más que sus cualidades personales, dado que su fama de estúpido lo precede. —El comisario no apartó la mirada de César—. Inspector Solís, espero que nos deje en buen lugar..., o que me deje en buen lugar. He defendido su elección para este puesto en la UDYCO con uñas y dientes.

* Siglas de la Unidad Central de Droga y Crimen Organizado, conformado por una serie de unidades que forman parte de la Comisaría General de Policía Judicial del Cuerpo Nacional de la Policía o Policía Nacional. (*N. de la A.*)

—Confíe en mí, comisario. —César esbozó algo parecido a una sonrisa y tomó el papel que le había tendido Daza.

Se puso en pie, dobló cuidadosamente el impreso y se lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. El comisario se levantó y le estrechó la mano. La diferencia de estatura hizo que Daza tuviera que elevar la mirada para encontrar los ojos del inspector. Quería pensar que no se equivocaba depositando su confianza en aquel hombre.

—Inspector Solís, le deseo lo mejor, créame... No sé cómo le sentará este cambio de aires, pero sí que le vendrá bien alejarse de esta comisaría durante una temporada. Las cosas han llegado a un punto en que la convivencia cordial no es posible. El tiempo dará a todo un color diferente... Es usted un excelente policía; haga borrón y cuenta nueva, y todo le irá bien.

César soltó la mano del comisario y asintió. Dio dos zancadas hacia la puerta y la abrió para irse, pero sus pies no se movieron. Tomó aire, se volvió y miró de nuevo a Daza.

—Quizá tengan que matarme para que la panda de paurdos que campea por esta comisaría me llegue a respetar. Aquí no se perdona que alguien llegue a inspector sin patear durante años la calle, sin ser un troglodita y sin rascarse los huevos con la pistola. Ahora podrán respirar tranquilos, comisario... ¡Ya me voy!

César sonrió sin alegría y salió del despacho, dejando la puerta abierta tras de sí, alejándose a paso rápido hacia la salida. Todos los policías que estaban cerca habían escuchado las últimas palabras del inspector y algunos lo miraban con gesto severo; otros, sin embargo, sonreían con malicia.

«A esto me refería yo, César; a esto me refería», murmuró el comisario para sí mismo moviendo la cabeza con cierta tristeza.

★ ★ ★

Tuvo que tragar saliva para desatascar los oídos en cada túnel que el tren atravesó a su paso por Sierra Morena. Apuró su cerveza y tentado estuvo de pedir una tercera, pero finalmente decidió no beber más hasta llegar a Madrid.

La cafetería se iba llenando poco a poco. Paseó la mirada por el reducido espacio mirando sin ver las caras de la decena de personas que tomaban sus consumiciones casi en silencio. Entonces se topó con los ojos de una mujer de mediana edad que lo miraban sin disimulo. Ella le sonrió abiertamente y se pasó la lengua por los labios al tiempo que echaba la cabeza ligeramente hacia atrás. Tenía unos cuarenta años, pelo negro y liso y ojos oscuros de color indefinido; era muy guapa, pero excesivamente delgada. Llevaba pantalones de vestir con chaqueta a juego y una blusa de gasa con varios botones abiertos mostrando un sostén de color burdeos, prenda que a duras penas sujetaba unos senos grandes y operados.

«Quizá un polvo rápido no me vendría mal», pensó César, sintiendo que un calorillo le recorría las piernas y el vientre. «El vaivén del tren podría resultar muy estimulante...».

Se pasó la mano por el cabello, se ajustó la chaqueta y caminó con paso decidido hasta la mujer, que no apartó la vista de él ni un instante. Cuando llegó a su altura, se inclinó y le acercó los labios a una mejilla. Oía a perfume caro y sorprendentemente fresco.

—¿Vienes un momentito a los aseos? —preguntó ella con voz ronca y sugerente, al tiempo que acercaba sus labios a los de él.

—Me gustas mucho y estás muy buena —le susurró César; la mujer soltó una ridícula risita—, pero mejor lo dejamos para otra ocasión.

La sonrisa de ella se convirtió en una fea mueca.

César se incorporó y sin mirarla salió por la puerta tan rápido como le permitía el traqueteo del tren. Cerró con fuerza los ojos y masculló una retahíla de tacos. La necesidad de no meterse en líos le había hecho perder una ocasión de oro. Le ardía la cara y el corazón le golpeaba como loco en el pecho.

Se acercó a su vagón. Por el cristal de la puerta vio que los tres pequeños Dalton seguían con su frenética actividad saltando en los asientos y corriendo por el pasillo mientras papá y mamá, con los auriculares puestos, veían embelesados una película ajena al caos que sus hijos creaban a su alrededor. Los gritos le llegaban a través de la puerta cerrada. El resto de los pasajeros sobrellevaba como podía la frustración y el enfado. Muchos habían abandonado sus asientos.

César controló a duras penas la rabia que le bullía por dentro, volvió sobre sus pasos y se detuvo en el habitáculo entre vagones, junto a un hombre corpulento. Bajó un asiento abatible y dejó caer en él todo su peso al tiempo que estiraba las piernas cuanto podía. El hombre corpulento hablaba a gritos por su móvil en gallego y se reía a carcajadas. Al poco, la puerta corredera siseó y dos personas atravesaron el habitáculo riendo divertidas: César sintió cierta decepción al ver a la morena de enormes tetas abrazada a un cincuentón en bastante buena forma que estaba a punto de comerse lo que él había rechazado. La mujer no reparó en él; con un ágil movimiento abrió una de las puertas de los aseos y se metió dentro con aquel tipo. Las risas y los jadeos fueron subiendo de intensidad. El hombre que estaba junto a César interrumpió su conversación por el móvil, soltó un exabrupto con sonrisa burlona y le dio un codazo en las costillas. Él le sonrió con fingida camaradería mientras dejaba que su vista se perdiera en el paisaje.

Los jadeos y gemidos llegaron a su clímax y cesaron. Al poco, la puerta se abrió y los improvisados amantes salieron en silencio para perderse tras la puerta corredera del vagón.

César continuó mirando por la ventanilla. A una velocidad algo menor desfilaron los letreros que anunciaban la llegada a Ciudad Real. En menos de tres cuartos de hora terminaría aquel penoso viaje.

★ ★ ★

Llegó a la esquina. Vio que el autobús estaba aún en la parada y subía el último pasajero. Salió corriendo y cruzó la calle a grandes zancadas. El conductor cerró las puertas casi en sus narices, pero ella golpeó con los nudillos en el cristal y consiguió que el hombre la mirara; sonrió y ladeó la cabeza a modo de súplica. El conductor se ablandó y abrió, arrancando de nuevo justo cuando Manuela pisaba el primer escalón.

Se guardó el abono de transporte en el bolsillo del vaquero, avanzó por el autobús medio vacío y se sentó junto a la ventanilla con un suspiro.

Había dudado mucho si coger el coche para ir a buscar a sus hijos a la estación de Atocha, pero en el último momento optó por el autobús. En la estación sería imposible aparcar un domingo por la tarde en hora punta. La vuelta sería mejor hacerla en metro, porque los niños traían maletas y, conociendo a Gonzalo, no habría desperdiciado la oportunidad de recoger un buen montón de piedras y fósiles que abultaría lo suyo.

Sonrió al recordar el rostro de su hijo mayor; sus enormes dientes, su expresión de niño grande, lo serio que se ponía cuando le explicaba cómo un bicho inverosímil que había vivido cientos de millones de años atrás había llegado a transformarse en un trozo de piedra...

Su pequeño genio.

A regañadientes, había enviado a sus chicos a casa de su tía política, que vivía en un pueblo de Huesca. No le resultó fácil acceder por dos motivos: no le gustaba que perdieran clases y no le gustaba que viajaran solos. Por lo primero se había preocupado lo justo, pues sólo habían perdido dos días y las clases del nuevo curso apenas habían comenzado. Por lo segundo se preocuparía siempre, aunque Gonzalo era ya un jovencito de quince años que sabía cuidar muy bien de sus dos hermanos, Julio, de diez, y Elena, de seis. Evelina, la viuda de su tío paterno, Manel, le había pedido que los dejara ir a ver su casa rural en un pueblo del Pirineo aragonés. Ella los recogería en la estación de Huesca y los devolvería al mismo sitio. Las azafatas se ocuparían de ellos en el AVE. Manuela también había sido invitada, pero su negocio le impedía ausentarse aquellos días. Finalmente, tras semanas de ruegos y lamentaciones por parte de su tía y sus hijos, había accedido. Ya había privado a sus chicos de demasiadas cosas y suponía que era momento de empezar a darles alas, sobre todo a Gonzalo, que había sonreído como un adulto, satisfecho y orgulloso, al saber que sería responsable de sus hermanos durante unos días. A los tres les vendría maravillosamente bien estar fuera de Madrid, en el campo, rodeados de naturaleza y aire limpio.

Miró por la ventanilla. Le encantaba ir en autobús y ver la ciudad, la gente. Resultaba extraño que a principios de octubre aún hiciera buen tiempo, se dijo; disfrutaría de la pequeña tregua que, era muy consciente, no duraría mucho porque en Madrid el frío solía llegar bruscamente. Las hojas muertas iban tapizando las calles poco a poco, pero eran las cinco y media y aún se podía ir con camiseta de manga corta.

Entretenida observando escaparates, bares y gentes que iban y venían por la avenida de la Albufera, pensó un plan para lo que le restaba de día:

Recoger a los niños en la estación y llevarlos a casa.

Conseguir que se bañaran en un tiempo razonable mientras ponía ella la mesa para la cena, que ya había dejado preparada.

A las ocho, llamar a Paloma para ver cómo iba la cosa en la oficina.

Con un poco de suerte, todo iría bien; los niños se acostarían pronto y podría tirarse en el sofá a ver la película que le había prestado Carmela; la de la adolescente que se queda embarazada, no recordaba ahora el título. «¿Cómo era?».

El autobús se lanzó raudo por el carril bus de la avenida Ciudad de Barcelona y la recorrió con rapidez. El monumento en memoria de las víctimas del 11-M la recibió solemne, presidiendo la glorieta de Atocha, y Manuela no pudo evitar un pellizco en el corazón por lo que aquella montaña de cristal representaba.

«*Juno*, la película se titula *Juno*, eso es...».

El autobús llegó al final de su ruta y se detuvo por fin a las puertas de la estación. Manuela bajó y se dirigió a la entrada mientras miraba el enorme reloj enmarcado en ladrillo rojo: las seis menos cuarto. En diez minutos llegaría el tren de Zaragoza. Al entrar recibió un desagradable bofetón de humedad y calor, y bajó por las rampas mecánicas. A las seis en punto, los altavoces anunciaron la llegada del tren que esperaba.

Manuela sonrió.

★ ★ ★

Estaba sorprendido. En poco más de seis años, los trenes habían cambiado tanto que parecía cosa de magia. El Talgo que solía coger para ir a Málaga, una carraca que tardaba unas exasperantes cuatro horas, se había convertido en un moder-

no AVE que seguramente cubría el trayecto en la mitad de tiempo.

Se paseó por el andén y siguió curioseando perezosamente. Debía esperar la llamada. Le habían dicho a las seis y ya pasaban cinco minutos. Sonrió al recordar la cara del funcionario de prisiones entregándole sus pertenencias, las que le requisaran a su llegada a Morón por inadecuadas o peligrosas; entonces había observado que, entre una cartera vieja, unas gafas de sol pasadas de moda, un bolígrafo de plata y varias gilipolces más que nunca podría considerar como propias, se encontraba una llave que alguien había puesto oportunamente allí. Estaba claro que los suyos se las arreglaban bien para hacer aparecer en su caja y en los registros lo que hiciera falta. Funcionarios corruptos los había en todas partes, sólo se trataba de saber encontrarlos. Y el dinero, siempre poderoso, doblegaba las voluntades más férreas.

Desde la cárcel de Morón se fue directamente a Sevilla, a la estación de la plaza de Armas donde había sacado un billete a Madrid para la mañana siguiente. Tras pasar la noche durmiendo junto al río y engullir un bocadillo que sacó de una máquina expendedora, había tomado por fin el autobús a Madrid. Durmió casi todo el trayecto y llegó a la estación Sur sobre las tres y media, y desde allí había caminado hasta Atocha. La llave que encontró en la caja con sus pertenencias en la prisión le permitió abrir una taquilla que contenía varias de sus más preciadas pertenencias: «mi cinturón», además de dinero, la documentación que le daba una nueva identidad, un móvil nuevecito con un cargador y una nota con una indicación: esperar a que lo llamaran a las seis en punto para recibir nuevas instrucciones... Sí, se habían tomado muchas molestias, pero él era alguien importante, alguien de peso, y los suyos harían lo que fuera necesario para ayudarlo

a desaparecer. Ya habían dado el primer y más importante paso antes de su llegada a Morón, seis años atrás.

En un acto reflejo se frotó las palmas de las manos con las yemas de los dedos. Trabajaban bien, pero lo necesitaban; él no era un cualquiera. No hacían todo aquello movidos por la generosidad, precisamente.

Sacó el móvil del bolsillo y comprobó por décima vez la batería y la cobertura. Hizo una mueca, satisfecho y lo volvió a guardar.

Se colocó bien la mochila y se acercó a las pantallas de información. El altavoz de la estación campanilleó y una voz de mujer informó de que el tren procedente de Sevilla-Santa Justa estaba entrando por el andén 4. Miró hacia el acceso a dicho andén y vio un remolino de personas esperando a los viajeros procedentes de Sevilla. Su ojo experto detectó a un hombre alto y fornido, con los brazos cruzados y vestido con chaqueta oscura y vaqueros, que aguardaba a que alguien bajara de aquel tren. Estaba seguro de que el bulto que sobresalía a un lado de la chaqueta era su arma reglamentaria. «Un poli», pensó. Se pasó la mano por el pelo, que se había rapado días antes de salir del trullo, se ajustó las gafas de sol que había encontrado en la taquilla y se alejó paseando la mirada por el enorme vestíbulo repleto de gente que iba y venía. Una pareja de policías nacionales, uno de los cuales lucía una prominente barriga, caminaba en su dirección. Se le aceleró el corazón y a punto estuvo de salir echando hostias, pero respiró hondo y mantuvo su paso calmado, repasando de vez en cuando las pantallas de información como si esperara algo. Los polis pasaron de largo sin reparar en él y se perdieron tras una puerta que abrieron con una llave. Debía reconocer que estaba algo oxidado y falto de actividad; parecía un novato. Tenía que ponerse la pilas a toda leche, recobrar el aplomo y la calma

que lo convirtieron en uno de los mejores. «O el mejor», pensó.

Un timbre agudo lo sobresaltó. El móvil que llevaba en el bolsillo vibró y se iluminó al tiempo que el sonido aumentaba de intensidad a cada nuevo campanileo. La costumbre le hizo observar a su alrededor antes de abrir el teléfono y apretar el botoncito verde. Se acercó el aparato a la oreja, escuchó unas breves instrucciones y se cortó. Devolvió el aparato a su bolsillo, salió del vestíbulo de llegadas y atravesó un río de gente antes de dirigirse al metro. Sonriendo, se pasó la mano por la cara. No se había acostumbrado aún a llevar barba y le picaba. Pero ya había empezado a rodar todo: sus amigos le darían trabajo y alojamiento, tendría dinero y recuperaría la vida perdida seis años atrás, «aunque podrían haber sido muchos, muchos más». Si sus planes salían como debían salir, en un mes, quizá menos, estaría de nuevo fuera de España, en su país, en el que siempre sintió como su casa.

Pero antes tenía algo que hacer. Antes tenía una cuenta que saldar.

En una máquina dispensadora sacó un bono de diez viajes. Un convoy ya estaba en el andén, las puertas abiertas mientras los pasajeros entraban y salían de los vagones. Echó a correr al tiempo que el conductor hacía sonar el silbato que indicaba que las puertas de los vagones se iban a cerrar. Con un siseo, las puertas se cerraron tras él, que aún sonriendo se apoyó en la pared del fondo del vagón. Varias personas lo miraron con indiferencia. Sentaba bien ser otra vez anónimo, y ya en el túnel se animó a colocarse las gafas sobre la frente. Su elevada estatura y su atractivo rostro atraieron las miradas de un grupo de jovencitas que se arremolinaban frente a él. Una de ellas le sonrió y él devolvió la sonrisa simulando una timidez que estaba muy lejos de sentir. Una

oleada de deseo lo recorrió de arriba abajo. Hacía tanto que no follaba...

«Te comería, niña, te comería hasta las bragas; y cuando terminara contigo recordarías toda la vida quién es el Lobo».

Haciendo un gran esfuerzo, apartó la mirada de los senos de la joven, de su boca húmeda. No le convenía meterse en líos. Ante todo, no había que hacerse notar; debía largarse. En la siguiente estación se bajó sin mirar atrás sabiendo que los ojos de la muchacha estaban posados en su espalda. Casi pudo oler su decepción. El tren silbó y arrancó. Esperaría al siguiente, no tenía prisa.

Cuando todo sucediera, quizá su cara saliese en los medios. Y nadie debía recordar que un día lo había visto. Nadie.

Suspiró y esperó.

★ ★ ★

César fue el primero en salir del AVE. Se había apalancado en la puerta nada más ver por la ventanilla como la ciudad se perfilaba en el horizonte. Sólo había vuelto a su asiento para recoger la novela que pretendía terminar en el viaje y una pequeña bolsa que se colgó en bandolera. Antes de bajar lanzó una mirada asesina a la dichosa familia que ningún pasajero captó.

Ya en el andén, caminó ligero y estirando el cuello para intentar localizar a su amigo Pablo. Buscó entre las decenas de personas que esperaban y sonrió aliviado cuando lo vio balanceándose a un lado y otro, buscándolo entre los viajeros. En medio de aquel mar de gente que en pocos minutos había llenado el andén, Pablo estiró el brazo para saludarlo.

César y Pablo Abad habían coincidido en la Escuela de Policía Nacional en Ávila, tras superar ambos la oposición

para inspectores. Les adjudicaron la misma habitación en la residencia, y desde entonces, hacía ocho años ya, eran grandes amigos. Los dos habían sufrido cierto rechazo entre sus compañeros por peculiares y retraídos, y aquello los había unido tanto como su afinidad de caracteres y un pasado similar, en una familia numerosa liderada por un padre de fuerte raigambre tradicional y excesivamente severo.

Pero ahí terminaban las similitudes.

César había estudiado en Sevilla la carrera de Derecho, no por vocación, sino por imperativo familiar. En su casa, sus seis hermanos —era el cuarto de siete— eran abogados, y él no debía ser menos. Sin embargo, su sumisión no había ido más allá. Al terminar los estudios se preparó y se presentó a las oposiciones para bombero convocadas por el Ayuntamiento de Sevilla, que aprobó sin destacar. Tras una formación que le resultó demasiado breve, desempeñó su labor como bombero durante dos años. Pero un día, de repente, decidió dejarlo por algún motivo que nunca tuvo claro; quizá no le llenara del todo el trabajo o quizá le había afectado demasiado la pérdida de un compañero y su rescate de debajo de una viga de hierro y brasas ardientes. Daba igual el motivo; el caso es que lo había dejado.

Su padre albergó entonces la esperanza de que, con la renuncia, su tiempo de rebeldía hubiese quedado atrás. Y pensó que por fin podría atraer a su hijo a su terreno; tantos años de carrera no podían desperdiciarse así, sin más. Le propuso trabajar en el bufete de un buen amigo y se lo pintó como una ocasión única, un trabajo interesante, y César no aceptó. Por el contrario, y para nuevo disgusto de sus progenitores, preparó y superó, con una nota excelente, las oposiciones para inspector de Policía Nacional. Sus compañeros de la academia, enterados de su pasado, le adjudicaron el mote de «Bombero».

Por su parte, Pablo, nacido y criado en un pueblo de A Coruña y apodado por esa razón el Gallego, había tenido que estudiar mucho y conseguir varias becas para poder terminar Medicina. Hizo el MIR en Anatomía Patológica, pero al no encontrar trabajo decidió opositar a la Policía para poder, quizá, acceder a una brigada de la Científica. Aprobó las pruebas de acceso, terminó la formación como inspector entre los diez primeros de su promoción y eligió destino. Nunca llegó a la Policía Científica. Tras tres años en una comisaría de Madrid, se vio absorbido por la Brigada Central de Crimen Organizado, en la UDYCO. Allí seguía después de más de cinco años, y allí seguiría. Sin duda había encontrado su sitio, le gustaba lo que hacía. Siempre afirmaba que el subidón que le producía el éxito de una operación planeada durante meses, que permitía atrapar a un montón de morralla humana, no se podría nunca equiparar a la anónima satisfacción intelectual que se lograba en la Científica.

Ambos estaban casados, pero Pablo aún seguía con su mujer y tenía un hijo. A César nada ni nadie lo ataba a su ciudad natal desde su separación, pocos meses atrás.

Durante sus años como policía, César no había subido en el escalafón. Pablo, en cambio, había ascendido a inspector jefe. Y ahora los dos estaban otra vez juntos, en la UDYCO, pero ya no en igualdad de condiciones, porque el Gallego era jefe directo de César. Desde que se separaran sólo se habían visto en algunas vacaciones, congresos o seminarios del cuerpo, y ya nada era igual que en sus tiempos de novatos. La fama de huraño y cabrón de César era más que conocida. Pablo Abad, uno de los responsables de que lo reclamasen para un puesto que muy pocos policías podían cubrir, se entristeció al saber que el comisario Daza se había alegrado de quitárselo de en medio y que sus compa-

ñeros habían hecho una cena sin él para celebrar su marcha. Porque aunque no se podría negar su carácter árido y difícil, César Ortega era uno de los mejores policías que había en el cuerpo: inteligente, intuitivo, entrenado, escrupuloso y con un gran porcentaje de éxitos en el desarrollo de su labor. Pero en aquel trabajo, como en todos, ya podías poner huevos de oro o hacer un triple salto mortal con tirabuzón que no había nada que hacer si no caías en gracia. Y César exhibía una absoluta falta de tacto que avinagraba sus relaciones con sus compañeros, con sus superiores y con todo dios. Su mala costumbre de decir a la cara y sin filtros lo que pensaba no lo convertía en alguien muy popular. Casi nadie lo aguantaba.

Pablo sabía mejor que nadie cómo era César, y lo aceptaba así. Aunque ahora que lo tendría como subordinado y debía buscarse la forma de contenerlo un poco. En la UDYCO era fundamental el trabajo en equipo: la convivencia en un ambiente de extrema tensión por los riesgos que se afrontaban solía ser complicada, y César debía comenzar con buen pie. No había que olvidar que su amigo no era el único rarito del equipo; otros ostentaban este dudoso galardón y, sin embargo, el trabajo salía, les iba bien. Con él también sería así.

Con una sonrisa, César soltó la maleta y abrazó con fuerza a Pablo, que lo esperaba con los brazos abiertos. Volvían a estar juntos, y por primera vez desde la academia trabajarían codo con codo. Ambos estaban contentos de recuperar su amistad.

Charlaron animadamente mientras se dirigían a la salida. Pablo preguntó, y César, en cortas frases, lo puso al día. La condición de policía había permitido a Abad dejar su coche aparcado cerca de la parada de taxis. Acomodó el equipaje de César en el maletero y se metieron en el coche.

—¿Te alojas al final en el piso de tu prima? —preguntó Pablo deteniéndose en un paso de cebra. El móvil de César sonó cuando iba a responderle.

Una mujer joven acompañada de un adolescente muy alto y dos niños cruzó la calle con sorprendente ligereza para llevar una bolsa de viaje en cada mano y una mochila a la espalda. El joven caminaba tras ella encorvado por el peso de otra mochila. Se dirigían a la parada de taxis. Pablo la siguió con la mirada mientras César hablaba por el móvil contando a su madre que había llegado a Madrid y que el viaje había sido estupendo.

—Sí, el piso está en Doctor Esquerdo, creo que cerca del hotel Colón —dijo César cuando terminó su llamada.

Más gente cruzó el paso de cebra. Pablo miró otra vez a la mujer y los niños, que ahora metían el equipaje en el maletero de un taxi. Libre la calle de peatones, arrancó, rodeó la glorieta de Atocha y enfiló hacia el paseo de Reina Cristina. A César le resultaba muy familiar la zona.

—Esta noche celebramos el cumpleaños de mi mujer, Raquel —dijo Pablo tras sortear a un taxi que se había detenido sin previo aviso, tocar el claxon y gritar al taxista un improperio—. No me puedo quedar contigo. —Miró a César, que observaba la ciudad por la ventanilla. Empezaba a oscurecer—. Pero podrías venir a cenar a casa.

—No, tío, gracias... Estoy cansado y tengo que deshacer la maleta. Ya sabes que mañana me toca presentarme en el despacho del comisario a primera hora y me gustaría instalarme, darme una ducha y dormir. Te lo agradezco, pero otra vez será.

Llegaron al último tramo de la avenida del Mediterráneo y Pablo giró enfilando Doctor Esquerdo. Una vez localizado el número, paró en doble fila y puso las luces de emergencia. Pablo se volvió y miró a su amigo, sonriente.

—Sabes que me alegra mucho que aceptaras venir a trabajar con nosotros. —César asintió y le devolvió la sonrisa. Pablo le palmeó un hombro mientras buscaba las palabras adecuadas—. Quizá no sea el momento más oportuno para decirte nada, teniendo en cuenta que acabas de llegar, pero... —carraspeó. César lo miró con atención—. Espero que mañana y todos los días a partir de mañana busques la forma de adaptarte a un equipo ya hecho que espera tu incorporación con interés... Y espero que no te suponga un problema que yo pueda darte órdenes.

César permaneció callado, con gesto serio.

—También quiero que sepas que hasta aquí han llegado los rumores de lo tuyo... Lo de tu padre, lo de Claudia... —El silencio de César era enervante. Pablo había tocado una herida abierta y lo sabía, era algo demasiado reciente; pero debía ser sincero con su amigo—. Ya sabes cómo van estas cosas, esto es un patio de vecinos y se cotorrea con las miserias de los demás... Se te ha elegido, quiero que lo tengas claro, porque no hay otro como tú en todo el cuerpo: dominas muchos idiomas, y lo del árabe, el ruso y el chino no es nada común y lo necesitamos en estos tiempos. Tienes una excelente formación y en nuestro grupo se te respetará por ello. —César asintió levemente sin apartar los ojos de los de Pablo—. Empieza bien mañana, tío, dales a todos un poco de tiempo para que te conozcan y sé paciente para conocerlos a ellos. Son de lo mejor que hay y no juzgarán tu vida privada. Tu trabajo es oro puro, lo ha sido y lo será, no tengo dudas. Tómate tu tiempo. —Hizo un esfuerzo para sonreír, y César, para su sorpresa, le devolvió la sonrisa—. Pero no te relajes.

César se volvió y abrió la puerta del coche sin decir palabra. Pablo resopló, puso los ojos en blanco y salió para ayudarlo con las maletas. César sacó un manojito de llaves

del bolso de cuero y localizó una que llevaba un letrerito que rezaba «portal», la introdujo en la cerradura y la puerta se abrió. Llegaron con los bultos hasta la puerta del ascensor.

—No hace falta que me acompañes, Pablo. Quizá tengas prisa —dijo César llamando al ascensor e intentando que su voz sonara natural. Tras las palabras de Pablo estaba enfadado.

—Hasta las nueve no tengo que estar en casa. Además —Pablo sonrió, burlón—, preparándolo todo está la urraca de mi suegra y me gustaría sufrirla esta noche lo justo y necesario... Ya le he dicho a Raquel que te ayudaría a instalarte. Eso me da un poco más de tiempo.

César soltó una risita. Recordó algo de repente y hurgando en el manajo de llaves se dirigió a los buzones. Buscó el que llevaba el nombre de su prima Reyes y lo abrió. Estaba a rebosar. Tal como ella imaginaba, el portero no le recogía el correo con regularidad. Sacó un grueso fajo de sobres y algún folleto publicitario, y se dirigió al ascensor, cuya puerta mantenía abierta Pablo. Subieron a la cuarta planta y entraron en el piso. Los recibió un peculiar olor no del todo desagradable que recordaba a lejía y friegasuelos, y Pablo abrió la ventana más cercana. César entró las maletas y encontró en el recibidor un sobre con su nombre. Era una nota de su prima dándole la bienvenida y algunas indicaciones. Pablo, mientras tanto, recorría la casa abriendo puertas y encendiendo luces. Le llegó su voz desde la cocina.

—¡Qué cabrón! ¡Tienes la nevera llena de cervezas y comida envasada! —Hizo una pausa y soltó otra carcajada—. ¡Y un congelador repleto de carne, pescado y pan...! ¡Tío, dime que tu prima te cobra una burrada por el alquiler y que es una zorra de cuidado!

César fue a la cocina y se apoyó en el quicio de la puerta. Llevaba la nota en la mano y sonreía de oreja a oreja.

—Me cobra cien euros al mes, y eso porque yo insistí en pagar los gastos de comunidad y demás... La luz, el gas y el teléfono. No pago nada más.

—Tío, ese acuerdo es ilegal. ¡Tú no te puedes imaginar lo que vale el alquiler de un piso como éste en Madrid, y en esta zona!

—Es que mi prima siempre ha estado enamorada de mí...

—Eso muestra las pocas luces de esa buena mujer.

Pablo sacó un par de cervezas de la nevera y buscó un abridor por los cajones. Localizó uno, abrió las botellas y le tendió una a su amigo. Brindaron.

—Bienvenido, César. Brindo por todo lo bueno que está por llegar y por lo estupendo que es que estés aquí.

Pablo se quedó un rato más curioseando mientras César sacaba de la maleta lo imprescindible y pensaba que debía llamar a su prima para agradecerle todo. Se rio al ver la nevera abarrotada de botellines de Cruzcampo, la única que bebía; le había comprado seis envases de la mantequilla salada portuguesa que más le gustaba y en el congelador había cuatro paquetes de molletes de Utrera para las tostadas del desayuno. «Deferencia de la casa», decía la nota.

A las ocho, Pablo recordó que había dejado el coche en doble fila y que sería conveniente ir volviendo a su casa. Se despidió de César hasta el día siguiente —«te recojo mañana a las siete y media»— y se fue. La casa quedó en un agradable silencio.

César fue a la cocina, sacó otra cerveza de la nevera y se la bebió del tirón, de pie. Luego abrió otra. Dando pequeños sorbos llegó al dormitorio y sacó ropa interior limpia. En el cuarto de baño todo estaba tan impecable y listo para usar, como en el resto de la casa, no faltaba un detalle. Abrió los grifos, se desnudó y de pronto recordó que había dejado el móvil en la mesita de la entrada. Fue hasta allí, tomó el apa-

rato y vio en el suelo, junto a la puerta, un papel de color entre rosado y lila. Lo cogió y le dio la vuelta: publicidad. Iba a dejarla junto al resto de la correspondencia, pero no lo hizo. «El Nido de Paloma», decía el texto en grandes letras. Y debajo, más pequeño: «Compañía femenina y mucho más. Si quieres algo distinto, llámanos. Despedidas de soltero, fiestas privadas, masajes eróticos. Servicio de *escort*. Domicilio y hotel. Efectivo y Visa». Y un teléfono. A diferencia de otras hojas del estilo, no mostraba dibujos ni fotos de mujeres ligeras de ropa en posturas sugerentes o con expresión de muñeca hinchable. No era una nota al uso; resultaba demasiado discreta. Sin página web, sin correo electrónico...

Escuchó el agua correr en el cuarto de baño y volvió a toda prisa. Dejó la nota sobre la cómoda y se metió en la ducha.

★ ★ ★

Manuela reprendió con una sonrisa a Gonzalo mientras besaba a Julio. Elena ya se había agarrado a su pierna.

—Pero, hijo, ¿no te dije que no te trajeras tantas piedras?

—¡No son piedras, mamá, son fósiles! —protestó el joven—. Aquello está plagado, hay por todos los lados... ¡Sólo me he traído los más curiosos!

—¡Di que no, mamá! —terció con voz burlona Julio—. Se ha traído todas las que ha encontrado. ¡Todas!...

—¡Enano chivato! —Gonzalo le dio una colleja en el cogote.

Julio se revolvió y Gonzalo, riéndose, le pasó el brazo por el cuello. El pequeño protestó y se carcajeó al mismo tiempo. Manuela los miraba mientras abrochaba la rebeca de su hija.

—¡Gonzalo, Julio, estaos quietos, que siempre empezáis en broma y termináis a porrazos! —Los chicos obedecieron

entre risas—. Venga, que con todo esto no podemos meternos en el autobús ni en el metro. Vamos a la parada de taxis... ¡Arreando!

Manuela se puso la mochila más pequeña en la espalda y tomó una bolsa de viaje en cada mano. Elena se cogió a su mano y pasó a contarle todo lo que en aquellos estupendos días había visto, comido, visitado y olido; animales, flores, insectos... Gonzalo y Julio iban tras ellas, y cuando cruzaron un paso de cebra el mayor se fijó en el coche que había parado para dejarlos pasar: un Toyota Prius nuevecito, plateado y precioso; justo el coche que más le gustaba. Lo más ecológico que existía por el momento y el único que conciliaba sus ansias ecologistas con su gusto por el motor. Lanzó una mirada rápida al interior y se topó con la mirada del conductor, un hombre joven, medio feo y de cabello castaño. El acompañante iba hablando por el móvil, parecía más guapetón y tenía el pelo oscuro peinado hacia atrás.

Ajena a todo aquello y escuchando mecánicamente la retahíla de su hija, Manuela se acercó al primer taxi de la fila. Cuando estuvieron todos sentados, indicó la dirección al conductor.

—Al Alto del Arenal. Vaya por la carretera de Valencia, por favor.

—¡A Vallecas! —dijo Gonzalo.

—Hijo, él ya sabe que eso está en Vallecas.

El taxista subió el volumen de la radio y se incorporó al tráfico.

Una hora después de llegar a casa, los niños ya se habían duchado y puesto el pijama, y Manuela había puesto la mesa para la cena. Se sentaron todos y sonó el teléfono.

La tía Evelina.

Llamaba para saber si los niños habían llegado bien. Manuela habló con ella durante veinte minutos, pues la tía cre-

yó oportuno relatarle con detalle las cosas que habían hecho, las horas que habían dormido y todo lo que habían comido. Cuando cortó, la comida estaba fría y sus hijos habían terminado. Se levantaron sin esperarla, recogieron sus platos, se lavaron los dientes y se sentaron a ver los dibujos en la tele un rato, antes de irse a dormir.

—Julio y Elena, a las nueve y media a la cama.

—¡Sí, mamá! —corearon con la mirada fija en la pantalla.

Manuela llevó los restos de la cena a la cocina. Su hijo mayor estaba fregando los cacharros.

—Os he echado mucho de menos. ¡Nadie friega los platos como tú!...

Gonzalo sonrió sin levantar la vista de su tarea. Manuela lo abrazó por detrás y su hijo no tardó en protestar:

—¡Ay, mamá, qué pegajosa eres!

Manuela tuvo que ponerse de puntillas para darle un beso en el cuello. Se le veía tan mayor, tan crecido y tan niño a la vez... Observó la pelusa que ya tenía en las mejillas, el cabello rubio oscuro, la piel morena, los ojos verde aceituna, las pestañas claras... ¡Se parecía tanto a su padre!...

—Deja de mirarme con esa cara de pena —dijo el joven sonriendo. A Manuela se le encogió el corazón por lo familiar del gesto—. Sí, te seguiré queriendo cuando seas vieja...; y sí, cuidaré de ti cuando seas vieja; y sí, te meteré en la mejor residencia cuando seas vieja; y sí, te compraré los mejores pañales para la incontinencia cuando seas vieja...

Riendo, Manuela le dio un suave capón en el cogote.

—¡Que sepas que eres malo, malísimo!

Desde el comedor les llegó el grito de protesta de Julio.

—¿Queréis callaros? ¡No se oye la tele!

—¡Nos callamos! —dijo ella—. Qué ganas tengo de que me toque la lotería para que podamos comprar una casa grande, enorme...